

Jorge Ibargüengoitia

Las muertas

Edición de Antonio Sánchez Jiménez

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
El desafío de <i>Las muertas</i>	11
Jorge Ibargüengoitia: semblanza y carrera literaria	12
Las Poquianchis: historia y ficción	20
El arte de Ibargüengoitia: estructura y tono de la novela	29
Argumento y estilo	29
El mosaico temporal	31
El narrador: distancia e ironía	37
Humor	41
Del sentimiento tragicómico de la vida	44
<i>True crime</i> y testimonio	44
La lectura moralizante: argumentos y alternativas	47
<i>Las muertas</i> como tragicomedia	55
Historia del texto	65
ESTA EDICIÓN	71
BIBLIOGRAFÍA	81
LAS MUERTAS	89
1. Las dos venganzas	93
2. El caso de Ernestina, Helda o Elena	101
3. Un viejo amor	112
4. Entra Bedoya	120

5. Historia de las casas	131
6. Dos incidentes y un tropiezo	143
7. Una vida	151
8. La mala noche	161
9. La vida secreta	169
10. Historia de Blanca	180
11. Vistas varias	193
12. El catorce de septiembre	201
13. La ley marcial	210
14. Lo que hizo Teófilo	220
15. La mala racha	228
16. Llega la policía	238
17. La justicia del juez Peralta	246
18. Epílogo	256
APÉNDICES	257

EL DESAFÍO DE «LAS MUERTAS»

La crítica ha reconocido sin dificultades la evidencia que golpea de inmediato al lector de *Las muertas*: estar ante una obra maestra. Y es que *Las muertas*, la mejor novela de Jorge Ibargüengoitia, arrebatada con las virtudes que caracterizan toda la obra del escritor de Guanajuato: estilo directo pero elegante, personajes reconocibles pero memorables, situaciones absurdas pero realistas (o, incluso, reales). En algunas de estas cualidades reconocemos la impronta del teatro, género en el que se inició Ibargüengoitia. Así, constatamos la división de la trama en escenas, la fuerza de los diálogos, la concisión de las descripciones, que a veces rozan la acotación¹. También parece típicamente dramático el que los personajes de *Las muertas* tomen la palabra se diría que por sí solos, imponiéndosela a un narrador sutilmente contaminado por ellos, en un uso eficaz del estilo indirecto libre. Al mismo tiempo, es preciso constatar que estas virtudes de dramaturgo vienen de la mano de técnicas novelísticas muy maduras. El narrador que a veces parece achicarse ante las exigencias de sus personajes domina la trama con decisión, eligiendo a unos o a otros, y somete a su voluntad el tiempo del relato, adelantando consecuen-

¹ Rama (2013: 218), quien, por cierto, murió en el mismo accidente de aviación que Ibargüengoitia, subraya cómo el guanajuatense «eligió una escritura de acotación escénica» que contrasta con las verbosas «novelas del lenguaje» tan de moda en su tiempo.

cias o rememorando causas con mano igualmente firme. Todo ello salpimentado con el humor negro habitual en Iburgüengoitia, que en *Las muertas* llega a extremos tal vez inquietantes.

Gracias a esta conjunción de virtudes dramáticas y novelísticas, *Las muertas* exprime las posibilidades de su material —la insólita historia de «Las Poquianchis»— y suscita en el lector inquietudes que trataremos de explorar en esta introducción: quién fue Iburgüengoitia, por qué eligió novelar esta historia, qué hay de real en ella, qué recursos empleó para adaptarla. Es decir, cómo la escribió y, lo que es más importante, por qué: qué mensaje estético y ético (si lo hay) trató de comunicarnos.

JORGE IBARGÜENGOITIA: SEMBLANZA Y CARRERA LITERARIA

Iburgüengoitia murió prematuramente cuando había alcanzado la cumbre de la fama, a una edad que le habría permitido producir al menos una decena de obras maestras más. Pese a esta desgracia, la estrella de Iburgüengoitia no se ha apagado, sobre todo en Latinoamérica: en México es uno de los escritores nacionales más queridos, digno sucesor de glorias como Azuela, Rulfo o Fuentes². Todo ello gracias a su obra periodística, dramática y narrativa, cuya cima indudable es *Las muertas*.

Jorge Iburgüengoitia Antillón nació en la ciudad de Guanajuato³, de venerable tradición colonial, el 22 de ene-

² Otro ilustre escritor mexicano, Juan Villoro, le proclama «uno de los escritores más queridos y menos estudiados de nuestras letras» (2002: xxxiv). Por su parte, Ángel Rama le sitúa «en el linaje de Juan Rulfo» (2013: 215).

³ Sobre la relación de Iburgüengoitia con Guanajuato, véase Campesino (2021).

ro de 1928⁴. Su padre, Alejandro Ibargüengoitia Cumming, murió ese mismo año, lo que obligó a Jorge y su madre, María de la Luz Antillón, a instalarse con la familia de esta primero, y después a mudarse a la capital federal. Fue en 1931, cuando el futuro escritor no había cumplido cuatro años de edad. Desde 1936, Ibargüengoitia estudió educación básica en el Colegio de México, y luego preparatoria en el Colegio Francés Moreles, instituciones ambas regentadas por los hermanos maristas. Posteriormente, Ibargüengoitia seguiría la carrera de ingeniería en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El guajuatense comenzó esos estudios en 1944, pero los abandonó en 1949, a los veintiún años, cuando le faltaban dos para graduarse: había decidido dejarlo todo y dedicarse a escribir.

Su vocación literaria fue tan intensa como temprana y, según él mismo consigna, parece remontarse a la niñez (Ibargüengoitia, 1988: 204)⁵. En 1951 un hecho decisivo

⁴ Sobre la vida del escritor, y también sobre la posibilidad de deducirla de su obra, véase Secci (2006; 2013: 17-81 y 136), quien señala elementos autobiográficos en *La ley de Herodes, Estas ruinas que ves* y *Dos crímenes*. El propio Ibargüengoitia señalaba que «Más de lo que he contado [sobre mi vida] en el periódico donde escribo y en *La Ley de Herodes*, no puedo contar» (García Flores, 2002: 407). Otra fuente fundamental son las declaraciones del autor en *Autopsias rápidas*, de las que bebe Díaz Arciniega (2002; 2009), quien también toma información de Leñero (1989). De los dichos Leñero (1989), Díaz Arciniega (2002; 2009), Secci (2006; 2013) y Lámbarry (2019a) obtenemos los datos biográficos que presentamos. Además, sobre el físico y personalidad de Ibargüengoitia, véase Castañeda (2004; 2009), quien pone de relieve la gordura, sencillez y espontaneidad del escritor: «Hablabas como escribías y escribías como hablabas, y en todo era espontáneo, pausado, gesticulador» (Castañeda, 2009: 98). Resulta asimismo interesante la documentación de Muñoz Alarcón (2013): fotos de familia y del autor, extractos de *Autopsias rápidas* y de entrevistas.

⁵ Lo explica en una entrevista que García Flores publicó en 1979, en *Cartas marcadas*: «A los 10 años hice un periódico —recuerda—. No sé que tenía dentro ni que escribí, pero toda la gente que veía ese papel se

confirma su inclinación: Iburgüengoitia conoce en Guanajuato al célebre director teatral Salvador Novo y asiste a la puesta en escena de *Rosalba y los llaveros*, de Emilio Carballido. Iburgüengoitia residía entonces en el rancho familiar de San Roque (Irapuato, Guanajuato), cuya explotación dirigía. En medio de las labores campesinas, la experiencia literaria de *Rosalba y los llaveros* le incita a reactivar su vocación, con tal fuerza que tan solo tres meses después del evento Iburgüengoitia se inscribe en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Allí muestra interés en la dramaturgia y asiste a las clases de Rodolfo Usigli, quien le da pie a iniciarse en la escritura dramática en una de sus clases, para la que era obligatorio componer una obra en un acto.

Hasta diciembre de 1953, Iburgüengoitia combina sus estudios, la administración del rancho familiar y la escritura dramática, produciendo obras como *Susana y los jóvenes* (1954) y *El rey tiene cuernos* (1954), así como sus primeros cuentos. Gracias a estos textos obtiene la beca del Centro Mexicano de Escritores, que le financiará en dos ocasiones: en 1954-1955 y 1955-1956. Iburgüengoitia completa sus ingresos dando clases en la Universidad Iberoamericana y sustituyendo a su maestro, Usigli, en la UNAM. Además, en 1955 obtiene la beca Rockefeller, que le permite viajar a Estados Unidos (Nueva York y Stanford) entre agosto y diciembre de ese año. Al siguiente, 1956, obtiene la beca Junior Artist in Residence de la Universidad de Stanford. Su carrera literaria, pues, se va asentando y decide instalarse definitivamente en la capital mexicana. Así, en 1955 vende el rancho de San Roque y compra una casa en Coyoacán, a la que se muda con su madre y su tía en 1957. En ella debió de comenzar a escribir su primera gran obra,

daba cuenta de que era un periódico". Después escribió varios cuentos, pero desde los doce años sufrió una especie de bloqueo y durante diez años no escribió y casi no leyó nada» (García Flores, 2002: 406-407).

El atentado, pieza sobre el magnicidio del presidente Álvaro Obregón, pues en carta de 1958 le dice a Usigli estar enfrascado en ese proyecto. Sin embargo, su carrera profesional no termina de arrancar y subsiste como traductor, relator e intérprete en congresos, amén de ganando concursos literarios como el Premio Ciudad de México, que obtiene en 1960 por *La conspiración vendida*. Por estos años comienza también a colaborar en revistas y periódicos, actividad a la que nos referiremos enseguida.

El primer gran éxito literario de su carrera lo alcanza en 1963 con una obra teatral⁶: la ya mencionada *El atentado*, con la que gana el concurso Casa de las Américas⁷. No obstante, el texto no obtiene en México el éxito de crítica y público que Ibargüengoitia esperaba y la obra merecía, lo que acaba de poner de relieve un hecho que el guanajuatense comenzaba a constatar: que vivir del teatro se le revelaba difícil⁸. Lo fueron sin duda esos años, como confiesa el propio autor:

todo cambió: se acabaron las becas —yo había recibido todas las que existían—, una mujer con la que yo había tenido una relación tormentosa se quedó con mis clases, además, yo escribí dos obras que a ningún productor le gustaron (Secci, 2013: 52).

Estudiando el libro de contabilidad que Ibargüengoitia compró en 1957, Lámbarry (2019a: 107) subraya la preca-

⁶ Ese mismo año, la UNAM premió *Tres piezas en un acto*, trilogía escrita en 1957.

⁷ Ibargüengoitia narra su viaje a Cuba a recibir el premio en una de las crónicas incluidas en *Viajes en la América ignota*: «Revolución en el jardín» (págs. 30-61).

⁸ De hecho, Ibargüengoitia nunca fue un dramaturgo de éxito. Trejo Fuentes (1997: 23) subraya que su obra dramática «fue poco publicada y menos representada. Solo con la publicación de sus obras completas [...] fue posible conocer piezas que habían permanecido inéditas».